

## BÓGER

Los mantos de helechos lloraban la lluvia empapando la tierra, y las copas de los robles y castaños ennegrecían el cielo gris que se colaba, a hurtadillas, por los claros dejando caer pesadamente sobre la hierba un orvallo incesante, de días. La niebla comía el castaño y los helechos como lenguas de fuego, como si la vida se hubiera disipado de repente en las cortezas humedecidas de los árboles y se hubiese acallado para siempre entre el rechinar del canto matinal de los zorzales charlos que saltaban de rama en rama. Bóger sacó su petaca y se dispuso a liar un cigarrillo con aquella hedionda hebra que, en el fondo, lo aliviaba. Miraba entre los castaños, entre los helechos y la niebla caída sobre ellos, intentando horadar su espesa blancura mientras envolvía el tabaco entre los dedos agrietados. No había nada más allá, en la espesura verde, sobre el musgo apelmazado, bajo el ramaje que goteaba lágrimas de lluvia y de niebla y se clavaban en la tierra silenciosa y oscura que revivía bajo sus botas. Sus botas cuarteadas por heridas de mil roces, de continuas pisadas que habían ido y habían vuelto por valles y montañas, atravesando tenadas y cruzando ríos de cristalinas y salvajes aguas, huyendo o buscando un refugio para guarecerse del invierno y de las balas, de las miradas de enemigos que se habían convertido en sombras con una luz crepuscular manando de ojos

de miedos que intentaban resistirse al miedo. Bóger escupió y volvió a escudriñar su alrededor anieblado, cubierto de escarcha y de frío. Pepín se le acercó para pedirle un pitillo, y le ronroneó a su espalda intentando no molestar los revoloteos del impetuoso reyezuelo, que volaba de roble en roble buscando algo con lo que mitigar el hambre de la amanecida. Bóger le ofreció el librito y la petaca, mirándolo al sesgo, tratando de escuchar la montaña, sus suspiros y sus lamentos. No dijo nada, aunque Pepín le estampó en la cara una de sus retorcidas sonrisas, amargas, de preocupación. Los años en el monte le habían perfilado aquel rostro suyo agrio, aquella socarrona sonrisa, silenciosa y amarga que acababa de mostrarle a Bóger.

—¿Tardarán mucho? —le preguntó.

—Supongo que no. Todavía es pronto. Hace frío y llueve, como siempre en el monte. Esto nunca acabará. Enero es jodido.

—Nunca. Seguro —respondió Pepín observando a un lirón cruzar el sendero que descendía vertiginosamente camino de Mieres—. Mira, un *ratu* dormidor que está despierto.

—Nosotros también lo estamos. Siempre lo estamos, aunque durmamos —dijo Bóger dando una intensa calada al cigarro, que envolvió entre las palmas de las manos para calentarlas.

—¿Traerán muchas armas?

—No sé lo que traerán, además de órdenes y disgustos, que de esto sí nos proveerán. Pretenden que dejemos el monte, que abandonemos la lucha como maquis y nos convirtamos en maestros, en instructores de campesinos. No sé qué quieren que les enseñemos si ya poco quieren saber de nosotros. Amigo Rozada, he pretendido militarizar la guerrilla para hacerla más eficaz, he intentado que el maquis fuese una fuerza viva y demoledora capaz de desestabilizar al ejército fascista y a los verderones pero ha sido como predicar en el desierto. De nada me ha servido haber sido teniente de artillería y haber tomado parte en el asedio de Oviedo. De nada

sirve haber perdido ante las tropas franquistas. El maquis no quiere disciplina. Se consideran simplemente fugaos, echados al monte antes que permanecer como topos escondidos en las casas de otros. La resistencia se está desmoronando, y nosotros con ella.

Una alondra erizó las plumas de su cabeza, alarmada, cuando otro guerrillero quebró unas ramas con sus botas gastadas, arrastrando los pies de cansancio, empujado hasta el tuétano, acercándose a Bóger. Le dijo que los hombres estaban en posición, aguardando, ansiosos, las armas para reiniciar y ampliar la lucha de guerrillas. Bóger asintió sin decir nada. Miró, escrutador, hacia los débiles signos del plumizo cielo que se colaban por los pequeños claros dejados por la espesura de los ramajes. Sonrió tímidamente recordando sus primeros pasos como huido en los montes de Villaviciosa, en la sierra de Grandasllamas, contando con puntos de apoyo en Lastres y Tazones. Allí podía oler el mar, mucho más benigno que el cargado rezumar del carbón que en la cuenca se metía como una bruma por las calles y las plazas dejándolo todo ennegrecido y aburrido, escuchar a veces sus bramidos en los acantilados y correr de la guardia civil. Desde el asedio de Oviedo no había dejado de correr, sobre tojos y maleza, mientras algunos de sus amigos, mineros, no dejaban de quejarse en silencio. Pensó en las veces que habían ido por Ciaño y alrededores dejando cartas sobre los mostradores de las tiendas para pedir a los dueños, en silencio, sin mediar palabra, dinero para la causa, para armas, para provisiones mientras vivían solos y apesadumbrados en las montañas, en las cuevas, cambiando de lugar constantemente, ayudados y alertados por los enlaces que tenían en los pueblos, en las aldeas, como su inseparable Manolín, que lo avisaba de la presencia de las contrapartidas en la zona y de que algún guardia civil se había infiltrado en el maquis para revelar sus posiciones y luego ser perseguidos hasta la detención o hasta la muerte. Se recostó sobre el tronco del carvallo y expulsó una bocanada de humo que se perdió entre

la niebla, resistida a levantarse. Pepín se mantenía en cuclillas sin decir nada, mirándolo, seguro a su lado, mientras Bóger recordó con una forzada sonrisa, perfilada en sus labios comidos por la ramplona barba de varios días, a su amigo Tino, un maestro de escuela que había sido depurado tras la guerra, obligado a abandonar la docencia tal y como había manifestado en el diario *Región* el falangista Sabino Alonso Fueyo para meter a los afectos, excombatientes nacionalistas, mutilados de guerra y los provenientes de la División Azul, con oposiciones masivas a base de certificados de buena conducta del párroco y la guardia civil; y Tino se vio obligado a rebuscar carbón por las escombreras para venderlo, estraperleando, en el mercado negro y poder con ello alimentar a su familia. Cuánto daño ha causado esta maldita guerra, se dijo, y suspiró sin saber si su amigo Tino estaría vivo, preso o muerto.

—¿En qué piensas, Bóger? —le preguntó Pepín.

—En el pasado, Rozada, en el pasado que vuelve a devorarnos las entrañas.

—¿Crees que el cabo Artemio, de la brigadilla, sigue buscándonos?

—No parará hasta matarnos a todos. Un hijo de puta no se redime nunca, aunque vaya a la iglesia los domingos. Es peor que el inspector Ramos. Por eso te dije antes que esto no se acabará nunca, y que al final, si no recibimos ayuda desde Francia, ayuda en serio y masiva, acabaremos todos muertos o encarcelados. Y la historia seguirá sin nosotros, y ni siquiera nos recordará. Ya verás. El tiempo lo dirá. ¿Recuerdas cuando íbamos a jugar cartas a la trastienda de la tienda de Miguel, en Ciaño? Bajábamos del monte para aprovisionarnos y luego pasábamos la tarde allí bebiendo vino y arrastrando y cantando las cuarenta. El alférez de complemento Álvarez, que mandaba una sección del ejército moro, vivía allí, en aquella casona, en la primera planta, encima de la tienda donde se fiaba más que se pagaba con moneda, donde se apuntaban las compras en viejas libretas aceitosas y arrugadas, y a veces jugaba

a las cartas con nosotros, a sabiendas que éramos fugaos, maquis, echados al monte, sin importarle su condición de militar, sin importarle que nosotros fuésemos renegados del Régimen franquista, sin tener en cuenta al coronel de la guardia civil Blanco Novoa ni al teniente Padilla, de la brigadilla, que nos perseguía, y nos persigue, denodadamente.

—Lo recuerdo perfectamente, Bóger. Incluso aquella tarde que estaba con nosotros y fue a verlo su jefe militar para que le diera novedades sobre los fugaos y él saltó por la ventana trasera, se revolcó en un charco de barro, que los charcos nos han sacado de más de un apuro, y apareció por la puerta de la tienda diciendo a su superior que había tenido un encuentro con el maquis en el monte. ¡Qué cosas! ¡Qué ocurrente el alférez Álvarez!

—¿Te quedan muchos cartuchos de la escopeta, Rozada?

—Sí. Por qué lo preguntas.

—Tengo un mal presentimiento esta mañana. La bruma, el orvallo, el silencio. Hay demasiado silencio en el monte hoy. Solo se escuchan los pasos de la muerte, y a veces las alondras y los zorzales charlos. Estos cabrones quieren aplicar a rajatabla la ley de bandidaje y terrorismo cazándonos como a conejos. Ahora también la utilizan contra guerrilleros, contra todos aquellos que dejaron el monte y contra los enlaces, aunque nunca hayan advertido nada al maquis. Nosotros, como miembros del Partido Comunista, somos la facción más dura de la guerrilla, mucho más que la de la Federación Socialista Asturiana, y por eso van a poner todo su empeño en jodernos. Indalecio Prieto parece que está organizando una retirada de los guerrilleros socialistas hacia Francia, una evacuación en toda regla. Y el proselitista Arístides Llanea será probablemente el encargado de llevárselos. Nos dejarán solos porque nosotros no vamos a ir a ninguna parte. O se lucha desde dentro o se abandona. Desde el otro lado de la frontera no se puede hacer nada, solo seguir viviendo.